

INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS SAPIENCIALES Y AL LIBRO DEL ECLESIASTÉS

INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS SAPIENCIALES

Se da el nombre de «libros sapienciales» a cinco libros del Antiguo Testamento: Job, Proverbios, Eclesiastés, Eclesiástico y Sabiduría. Se les suele añadir con bastante impropiedad los Salmos y el Cantar de los Cantares. Representan una corriente de pensamiento que se halla también en una parte de los libros de Tobías y Baruc.

Esta literatura sapiencial floreció en todo el Antiguo Oriente. Egipto produjo escritos de sabiduría a lo largo de su historia. En Mesopotamia, desde la época sumeria, se compusieron proverbios, fábulas y poemas sobre el sufrimiento, que se han comparado con Job. Esta sabiduría mesopotámica llegó a Canaán: se han encontrado en Ras Samra textos sapienciales escritos en acádico. La Sabiduría de Ajicar, que es de origen asirio y que fue traducida a varias lenguas antiguas, procede de ambientes de lengua aramea. Esta sabiduría es internacional. Manifiesta pocas preocupaciones religiosas y se desenvuelve en el orden profano. Ilustra el destino de los individuos, no por medio de una reflexión filosófica al estilo de los griegos, sino recogiendo los frutos de la experiencia. Es un arte de bien vivir y una señal de buena educación. Enseña al hombre a acomodarse al orden del universo y debería darle los medios para ser feliz y prosperar. Pero esto no siempre ocurre, y esta experiencia justifica el pesimismo de algunas obras de sabiduría, tanto en Egipto como en Mesopotamia.

Los israelitas conocieron esta sabiduría. El mayor elogio que la Biblia cree hacer de la sabiduría de Salomón es que superaba a la de los hijos de Oriente y a la de Egipto, 1 R 5 10. Los sabios árabes y edomitas gozaban de renombre, Jr 49 7; Ba 3 22-23; Ab 8. Job y los tres sabios, amigos suyos, viven en Edom. El autor de Tobías conocía la Sabiduría de Ajicar, y Pr 22 17 - 23 11 sigue de cerca las máximas egipcias de Amenemope. A Hemán y Etán, sabios de Canaán, se les atribuye varios salmos, según 1 R 5 11. El libro de los Proverbios contiene las Palabras de Agur, Pr 30 1-14, y las Palabras de Lemuel, Pr 31 1-9, poemas originarios de Masá, tribu del norte de Arabia, Gn 25 14.

No es de extrañar que las primeras obras sapienciales de Israel se asemejen en gran medida a las de sus vecinos: todos ellos proceden del mismo suelo. Las partes antiguas de los Proverbios apenas contienen otra cosa que preceptos de sabiduría humana. Con la

excepción del Eclesiástico y de la Sabiduría, que son los más recientes, los libros sapienciales no abordan los grandes temas del Antiguo Testamento: la Ley, la Alianza, la Elección, la Salvación. Los sabios de Israel no muestran inquietud por la historia y el futuro de su pueblo, sino que escrutan el destino de los individuos, como sus colegas orientales. Pero lo consideran bajo un punto de vista más elevado, el de la religión yahvista. Por esto, y a pesar del origen común y de tantas semejanzas, existe en favor de la sabiduría israelita una diferencia esencial que se acentúa con el progreso de la revelación. En efecto, la oposición sabiduría-locura se trueca en oposición entre justicia e iniquidad, entre piedad e impiedad. La verdadera sabiduría es efectivamente el temor de Dios, y el temor de Dios es la piedad. Si la sabiduría oriental es un humanismo, podría decirse que la sabiduría israelita es un «humanismo devoto».

Pero este valor religioso de la sabiduría ha venido aflorando poco a poco. El término hebreo más usado referente a la sabiduría tiene un sentido complejo: puede designar la habilidad manual o profesional, el sentido político, el discernimiento y también la astucia, el acierto, el arte de la magia. Esta sabiduría humana puede ejercerse para el bien y para el mal, y esta ambigüedad justifica los juicios desfavorables que los profetas pronuncian sobre los sabios, por ejemplo, Is 5 21; 29 14; Jr 8 9. Esa ambigüedad puede explicar también que se haya tardado tanto en hablar de la sabiduría de Yahvé, aunque sea Yahvé quien se la da a los hombres (si bien ya en Ugarit la sabiduría era el atributo del gran dios El). Únicamente en escritos postexílicos se llegará a decir que sólo Dios es sabio, con una sabiduría trascendente que el hombre ve actuando en la creación, pero que él no es capaz de escrutar, Jb 28; 38-39; Si 1 1-10; 16 24s; 39 12s; 42 15 - 43 33, etc. En el gran prólogo que encabeza Proverbios, Pr 1-9, la Sabiduría divina habla como una persona, está a la vez presente en Dios desde la eternidad y actúa con él en la creación, sobre todo Pr 8 22-31. En Job 28, aparece como distinta de Dios, que es el único que sabe dónde se oculta aquella. En Si 24, la propia Sabiduría dice de sí que procede de la boca del Altísimo, que mora en los cielos y que Yahvé la envía a Israel. En Sb 7 22 - 8 1, es una emanación de la gloria del Omnipotente, una imagen de su bondad. Así, la Sabiduría, atributo de Dios, se separa de él y se convierte casi en una hipóstasis. En el ámbito de la fe del Antiguo Testamento, estas expresiones tan vigorosas rebasan los límites de una personificación literaria, pero mantienen su misterio y preparan la revelación de las Personas Divinas. El Logos de San Juan está a la vez, como esta Sabiduría, en Dios y fuera de Dios, y todos estos grandes textos justifican el título de «Sabiduría de Dios» que san Pablo da a Cristo, 1 Co 1 24.

ECLESIASTÉS

Como el destino de los individuos era la preocupación dominante de los sabios, el problema de la retribución tenía para ellos una importancia capital. Y la doctrina evoluciona en su ambiente y por su reflexión. En las partes antiguas de Proverbios, la sabiduría, es decir, la justicia, lleva necesariamente a la felicidad, y la locura, es decir, la iniquidad lleva a la ruina. Dios es quien premia así a los buenos y castiga a los malos. Esta es todavía la posición del prólogo de los Proverbios, 3 33-35; 9 6 y 18. Esta doctrina es, por consiguiente, el fundamento de la enseñanza de sabiduría y se deduce del hecho de que el mundo es gobernado por un Dios sabio y justo. Trata de recurrir a la experiencia, pero la experiencia la contradice a menudo. Esto es lo que expone de una manera dramática el libro de Job, en el que los tres amigos defienden la tesis tradicional. Mas para el problema del justo desgraciado no hay respuesta que satisfaga al espíritu, si nos atenemos a la retribución terrena; no hay más remedio que adherirse a Dios por la fe, a pesar de todo. El Eclesiastés, por muy diferente que sea su tono, no da una solución distinta; subraya igualmente la insuficiencia de las respuestas corrientes, y niega que sea posible pedir cuentas a Dios y exigir la felicidad como algo debido. El Eclesiástico sigue fiel a la misma doctrina, exalta la felicidad del sabio, 14 20 - 15 10, pero le obsesiona la idea de la muerte y sabe que todo depende de esta última hora: dice que «es fácil al Señor, el día de la muerte, pagar a cada uno según su proceder», 11 26, ver 1 13; 7 36; 28 6; 41 9. Presiente la doctrina de los «novísimos», pero no la expresa claramente. Poco después de él, Dn 12 2 formulará explícitamente la fe en una retribución de ultratumba, y esta fe estará en él unida a la fe en la resurrección de los muertos, ya que la mentalidad hebrea no concibe una vida del espíritu separado de la carne. En el Judaísmo alejandrino, el progreso se realizará por camino paralelo y avanzará aún más. Como la filosofía platónica había liberado al pensamiento hebreo de sus ataduras con la teoría del alma inmortal, el libro de la Sabiduría afirma que «Dios creó al hombre incorruptible», 2 23, y que el alma fiel gozará, después de la muerte, de una felicidad sin fin junto a Dios, mientras que los impíos recibirán su castigo, 3 1-12. Al fin se ha dado la respuesta al gran problema de los sabios de Israel.

La forma más simple y más antigua de la literatura sapiencial es el māsāl. Este es, en plural, el título del libro que nosotros llamamos «Proverbios». El māsāl es, más exactamente, una fórmula sorprendente que cautiva la atención, un dicho popular o una máxima. Las colecciones antiguas de los Proverbios sólo contienen sentencias breves. Luego, el māsāl se desarrolla, se hace parábola o alegoría, discurso o razonamiento. Esta evolución, sensible ya en las pequeñas secciones añadidas a los Proverbios y más

aún en el prólogo, Pr 1-9, se precipita en los libros siguientes: Job o la Sabiduría son grandes obras literarias.

Por encima de todas estas formas literarias, aun las más simples, el origen de la sabiduría ha de buscarse en la vida de familia o de clan. Las observaciones sobre la naturaleza y sobre los hombres, acumuladas de generación en generación, se expresaron en sentencias, en dichos de campesinos, en breves apólogos, que contenían una aplicación moral y que servían de reglas de conducta. El mismo origen puede atribuirse a las primeras formulaciones del derecho consuetudinario, que en ocasiones coinciden, en su contenido y no solamente en su forma, con las sentencias de sabiduría. Esta corriente de la sabiduría popular prosiguió paralelamente a la formación de las colecciones sapienciales. De aquélla provienen, por ejemplo, los proverbios de 1 S 24 14; 1 R 20 11, la fábula de Jc 9 8-15 y la de 2 R 14 9, y los profetas mismos los han utilizado, por ejemplo, Is 28 24-28; Jr 17 5-11.

La brevedad de las sentencias, que así se imprimen en la memoria, las hacía aptas para la enseñanza oral. El padre o la madre se las enseña a su hijo, Pr 1 8; 4 1; 31 1; Si 3 1, y el maestro seguirá llamando «hijo» al discípulo a quien forma, porque los sabios hacen escuela, Si 51 23, 26; ver Pr 7 1s; 9 1s. La sabiduría se convierte en privilegio de la clase instruida, y por lo mismo de la que también sabe escribir; sabios y escribas aparecen juntos en Jr 8 8-9, y Si 38 24 - 39 11 ensalza el oficio de escriba, que le permite adquirir la sabiduría, contraponiéndolo a los oficios manuales. De entre los escribas designaba el rey a sus funcionarios, y en la corte se desarrollaron antes que en sitio alguno las doctrinas de sabiduría. Todos estos rasgos tienen sus paralelos exactos en los demás ambientes de la sabiduría oriental, en Egipto o en Mesopotamia. Una de las colecciones salomónicas de los Proverbios fue recopilada por «los hombres de Ezequías, rey de Judá», Pr 25 1. Pero tales sabios no eran sólo coleccionistas de máximas antiguas; también las escribían. Podemos considerar escritos de sabiduría (con ciertas reservas) dos obras literarias compuestas probablemente en la corte de Salomón, la historia de José y la de la sucesión al trono de David. El ambiente de los sabios es, pues, muy diferente de aquellos de los que han salido los escritos sacerdotales y los escritos proféticos, y Jr 18 18 enumera como tres clases a sacerdotes, sabios y profetas. Diferentes son sus preocupaciones: los sabios no tienen interés especial en el culto y no parecen conmoverse ante las calamidades de su pueblo ni atormentarse con la gran esperanza que le sostiene. Pero, a partir del Destierro, estas tres corrientes confluyen. El prólogo de Proverbios adquiere un tono de predicación profética;

el Eclesiástico, 44-49, y la Sabiduría, 10-19, meditan largamente sobre la Historia Sagrada; el Eclesiástico venera el sacerdocio, se muestra fervoroso del culto, finalmente identifica la Sabiduría con la Ley, Si 24 23-24: es la alianza entre el escriba (o el sabio) y el doctor de la Ley que encontraremos en los tiempos evangélicos.

Aquí llegamos, en el Antiguo Testamento, al término de un largo camino, en cuyo arranque estaba Salomón. También en este aspecto hallamos paralelos orientales: dos escritos de la sabiduría egipcia eran considerados como las enseñanzas que un Faraón había dado a su hijo. Desde 1 R 5 9-14, ver 3 9-12 y 28; 10 1-9, hasta Si 47 12-17, Salomón fue alabado como el sabio más grande de Israel, y se le atribuyen las dos colecciones más importantes y más antiguas de Proverbios, 10-22 y 2529; esto explica el título que se da a todo el libro, Pr 1. Bajo su patrocinio se pusieron asimismo el Eclesiastés, la Sabiduría y el Cantar de los Cantares. Toda esta enseñanza gradualmente dispensada al pueblo elegido preparaba la revelación de la Sabiduría Encarnada. Pero «aquí hay algo más que Salomón», Mt 12 42.

INTRODUCCIÓN AL LIBRO DEL ECLESIASTÉS O QOHÉLET

ste pequeño libro se titula «Palabras de Cohélet, hijo de David, rey en Jerusalén». La palabra «Cohélet» (o «Qohélet»), ver 1 2 y 12; 7 27; 12 8-10, no es nombre propio, sino un nombre común empleado a veces con artículo, y aunque su forma es femenina, se construye como masculino. Según la explicación más probable, es un nombre de función y designa al que habla en la asamblea (qahal, en griego ekklesia; de ahí los títulos latino y español, tomados de la Biblia griega), en una palabra, el «Predicador». Se le llama «hijo de David y rey en Jerusalén» ver 1 12, y aunque no aparezca escrito el nombre, ciertamente se le identifica con Salomón, a quien claramente alude el texto, 1 16 (ver 1 R 3 12; 5 10-11; 10 7) ó 2 7-9 (ver 1 R 3 13; 10 23). Pero esta atribución es mera ficción literaria del autor, que pone sus reflexiones bajo el patrocinio del más ilustre de los Sabios de Israel. El lenguaje del libro y su doctrina, de la que seguidamente hablaremos, impiden situarlo antes del Destierro. Se ha impugnado a menudo la unidad de autor, y se han distinguido dos, tres, cuatro y hasta ocho manos diferentes. Pero se va renunciando cada vez más a una partición que parece desconocer el género y el pensamiento del libro, y a la que se oponen la unidad de estilo y de vocabulario, aunque sí ha sido publicado por un discípulo que añadió los últimos versículos, 12 9-14.

Como en otros libros sapienciales, por ejemplo Job y Eclesiástico, por no decir nada de Proverbios (una obra miscelánea), el pensamiento fluctúa, se rectifica y

se corrige. No hay un plan definido, sino que se trata de variaciones sobre un tema único, la vanidad de las cosas humanas, que se afirma al comienzo y al final del libro, 1 2 y 12 8. Todo es falaz: la ciencia, la riqueza, el amor y hasta la misma vida. Ésta no constituye más que una serie de actos incoherentes y sin importancia, 3 1-11, que concluyen con la vejez, 12 1-7, y con la muerte. Ésta afecta igualmente a sabios y a necios, ricos y pobres, animales y hombres, 3 14-20. El problema de Cohélet coincide parcialmente con el de Job: ¿tienen aquí abajo su sanción el bien y el mal? Y la respuesta de Cohélet, como la de Job, es negativa, porque la experiencia contradice a las soluciones admitidas, 7 25 - 8 14. Sólo que Cohélet es hombre de buena salud y no busca como Job la razón del sufrimiento; comprueba la vacuidad del bienestar y se consuela recogiendo los modestos goces que puede ofrecer la existencia, 3 12-13; 8 15; 9 7-9. Digamos más bien que trata de consolarse, porque se encuentra totalmente insatisfecho. El misterio del más allá le atormenta, sin que vislumbre una solución, 3 21; 9 10; 12 7. Pero Cohélet es un creyente, y si bien queda desconcertado ante el giro que Dios da a los asuntos humanos, afirma que Dios no tiene por qué rendir cuentas, 3 11.14; 7 13, que se han de aceptar de su mano tanto las pruebas como las alegrías, 7 14, que se han de guardar los mandamientos y temer a Dios, 5 6; 8 12-13.

Es evidente que esta doctrina está lejos de ser coherente. Pero ¿no será mejor atribuir las incoherencias a un pensamiento inseguro de sí mismo, porque aborda un misterio estremecedor sin contar con los elementos de solución, antes que dividir el texto entre varios autores que se corrigen y contradicen mutuamente? A Cohélet, como a Job, solamente puede dársele la respuesta con la afirmación de una sanción de ultratumba.

El libro tiene las características de una obra de transición. Las seguridades tradicionales se debilitan, pero nada firme las sustituye aún. En esta encrucijada del pensamiento hebreo se ha tratado de encontrar influencias extranjeras, que habrían actuado sobre Cohélet. Hay que descartar las comparaciones a menudo propuestas con las corrientes filosóficas del estoicismo, del epicureísmo y del cinismo, que Cohélet pudo conocer por medio del Egipto helenizado; ninguna de estas comparaciones es decisiva y la mentalidad del autor se halla muy alejada de la de los filósofos griegos. Se han fijado paralelos, más aceptables en apariencia, con composiciones egipcias como el Diálogo del Desesperado con su alma o los Cantos del Arpista, y más recientemente con la literatura mesopotámica de sabiduría y con la Epopeya de Guilgamés. Pero no se puede demostrar la influencia directa de ninguna de estas obras. Las coincidencias se dan sobre temas que a veces son muy antiguos y que integraban ya el fondo común de la

ECLESIASTÉS

sabiduría oriental. Y precisamente la reflexión personal de Cohélet ha trabajado sobre esta herencia del pasado, como lo dice su editor, 12 9.

Cohélet es un judío de Palestina, probablemente de Jerusalén mismo. Emplea un hebreo tardío, de transición, sembrado de aramaismos, y utiliza dos palabras persas. Esto supone una fecha bastante posterior al Destierro, pero anterior a los comienzos del siglo II a. C., en el que Ben Sirá utilizó ya el librito; de hecho la paleografía sitúa en las proximidades del 150 a. C. fragmentos de Qo encontrados en las cuevas de Qumrán. El siglo III es por lo mismo la fecha de composición más probable. Estamos en el momento en que Palestina, sometida a los Tolomeos, comienza a recibir la corriente humanista y no ha sentido aún la sacudida de fe y esperanza de la época de los Macabeos.

El libro sólo marca un momento en el desarrollo religioso y no se le ha de juzgar separándolo de lo que le ha precedido y de lo que le seguirá. Al subrayar la insuficiencia de las viejas concepciones y forzar a los espíritus a enfrentarse con los enigmas humanos, apela a una revelación más elevada. Da una lección de desprendimiento de los bienes terrenos y, al negar la felicidad de los ricos, prepara al mundo para oír que son «bienaventurados los pobres», Lc 6 20.

LIBRO DEL ECLESIASTÉS

1 ¹ Palabras de Cohélet, hijo de David, rey de Jerusalén.

Primera parte Prólogo.

² ¡Vanidad de vanidades! —dice Cohélet—, ¡vanidad de vanidades, todo es vanidad! ³ ¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol? ⁴ Una generación va, otra generación viene; pero la tierra permanece donde está. ⁵ Sale el sol, se pone el sol; corre hacia su lugar y de allí vuelve a salir. ⁶ Sopla hacia el sur el viento y gira al norte; gira que te gira el viento, y vuelve el viento a girar. ⁷ Todos los ríos van al mar, y el mar nunca se llena; al lugar donde los ríos van, allá vuelven a fluir. ⁸ Todas las cosas cansan. Nadie puede decir que no se cansa el ojo de ver ni el oído de oír.

⁹ Lo que fue, eso será;

lo que se hizo, eso se hará.

Nada nuevo hay bajo el sol.

¹⁰ Si de algo se dice: «Mira, eso sí que es nuevo», aun eso ya sucedía en los siglos que nos precedieron. ¹¹ No hay recuerdo de los antiguos,

como tampoco de los venideros quedará memoria entre los que después vendrán.

La vida de Salomón.

¹² Yo, Cohélet, he sido rey de Israel en Jerusalén.

¹³ Me he aplicado con interés a investigar y explorar con sabiduría cuanto acaece bajo el cielo. ¡Mal oficio éste que Dios encomendó a los humanos para que en él se ocuparan! ¹⁴ He observado cuanto sucede bajo el sol y he visto que todo es vanidad y atrapar vientos.

¹⁵ Lo torcido no puede enderezarse, lo que falta no se puede contar.

¹⁶ Me dije para mis adentros: Tengo una sabiduría grande y extensa, mayor que la de todos mis predecesores en Jerusalén; con mi reflexión he adquirido enorme sabiduría y ciencia. ¹⁷ He reflexionado para conocer la sabiduría y el saber, la locura y la necedad, y he comprendido que aun esto mismo es atrapar vientos, ¹⁸ pues: Donde abunda sabiduría abundan penas, quien acumula ciencia acumula dolor.

² ¹ Me dije para mis adentros: ¡Voy a probar con el placer y a disfrutar del bienestar! Pero vi que también esto es vanidad. ² A la risa llamé locura, y del placer dije: ¿Para qué vale? ³ Traté de regalar mi cuerpo con vino, mientras guiaba mi reflexión con sabiduría, y de entregarme a la necedad hasta ver en qué consistía la felicidad de los humanos, lo que hacen bajo el cielo durante los contados días de su vida. ⁴ Empecé mis grandes obras; construí palacios, planté viñas; ⁵ me hice huertos y jardines, y los planté de toda clase de árboles frutales. ⁶ Me construí albercas para que el agua regase la fértil fronda. ⁷ Tuve siervos y esclavas: poseí servidumbre, así como ganados, vacas y ovejas, en mayor cantidad que ninguno de mis predecesores en Jerusalén. ⁸ Atesoré también plata y oro, tributos de reyes y de provincias. Me procuré cantores y cantoras, toda clase de lujos humanos, coperos y reposteros. ⁹ Me hice grande y superé a todos mis predecesores en Jerusalén, asistido por mi sabiduría. ¹⁰ Nada negué a mis ojos de cuanto me pedían, ni rehusé a mi corazón ninguna alegría, pues me solazaba en medio de todas mis fatigas, y esto me compensaba de todas mis fatigas.

¹¹ Consideré entonces todas las obras de mis manos y lo mucho que me fatigué haciéndolas, y vi que todo es vanidad y atrapar vientos, y que ningún provecho se saca bajo el sol. ¹² Me puse a considerar la sabiduría, la locura y la necedad. ¿Qué hará el hombre que suceda al rey, sino lo que ya otros hicieron? ¹³ Vi que la sabiduría aventaja a la necedad, como la luz a las tinieblas.

¹⁴ El sabio tiene sus ojos abiertos,

pero el necio camina en tinieblas.
 Pero también sé que la misma suerte alcanza a ambos.

¹⁵ Entonces me dije: Como la suerte del necio será la mía, ¿para qué sirve mi sabiduría? Y pensé que hasta eso mismo es vanidad. ¹⁶ No hay recuerdo duradero ni del sabio ni del necio; al correr de los días, todos son olvidados. Pues el sabio muere igual que el necio.

¹⁷ He detestado la vida, porque me repugna cuanto se hace bajo el sol, pues todo es vanidad y atrapar vientos.

¹⁸ Detesté todas mis fatigas y afanes bajo el sol, pues todo he de dejar a mi sucesor. ¹⁹ ¿Quién sabe si será sabio o necio? Él se hará dueño de todo mi trabajo, lo que realicé con fatiga y sabiduría bajo el sol. También esto es vanidad. ²⁰ Y he acabado desanimado con todas mis fatigas y afanes bajo el sol, ²¹ pues puede que un hombre se fatigue con sabiduría, ciencia y destreza, y tenga que dejar su paga a otro que en nada se fatigó. También esto es vanidad y mal grave.

²² Entonces, ¿qué le queda al hombre de toda su fatiga y esfuerzo con que se fatigó bajo el sol? ²³ Pues todos sus días son dolorosos y su oficio penoso; y ni aun de noche descansa su mente. También esto es vanidad.

²⁴ No hay mayor felicidad para el hombre que comer y beber, y disfrutar en medio de sus fatigas. Yo veo que también esto es don de Dios, ²⁵ pues ¿quién come y quién bebe, si él no lo permite?. ²⁶ Porque Él da sabiduría, ciencia y alegría a quien le agrada; mas al pecador le da como tarea amontonar y atesorar para dejárselo a quien agrada a Dios. También esto es vanidad y atrapar vientos.

La muerte.

3 ¹ Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo:

² Su tiempo el nacer,
 y su tiempo el morir;
 su tiempo el plantar,
 y su tiempo el arrancar lo plantado.

³ Su tiempo el matar,
 y su tiempo el sanar;
 su tiempo el destruir,
 y su tiempo el edificar.

⁴ Su tiempo el llorar,
 y su tiempo el reír;
 su tiempo el lamentarse,
 y su tiempo el danzar.

⁵ Su tiempo el lanzar piedras,
 y su tiempo el recogerlas;
 su tiempo el abrazarse,
 y su tiempo el separarse.

⁶ Su tiempo el buscar,
 y su tiempo el perder;
 su tiempo el guardar,
 y su tiempo el tirar.

⁷ Su tiempo el rasgar,
 y su tiempo el coser;
 su tiempo el callar,
 y su tiempo el hablar.

⁸ Su tiempo el amar,
 y su tiempo el odiar;
 su tiempo la guerra,
 y su tiempo la paz.

⁹ ¿Qué gana el que trabaja con fatiga? ¹⁰ He considerado la tarea que Dios ha impuesto a los humanos para que en ella se ocupen. ¹¹ Él ha hecho todas las cosas apropiadas a su tiempo; y también ha puesto el conjunto del tiempo en sus corazones, pero el hombre no es capaz de descubrir la obra que Dios ha hecho de principio a fin.

¹² Sé bien que no hay para el hombre mayor felicidad que alegrarse y buscar el bienestar en su vida. ¹³ Y que todo hombre coma y beba y disfrute bien en medio de sus fatigas, eso es don de Dios.

¹⁴ Sé bien que cuanto Dios hace es duradero.
 Nada hay que añadir ni nada que quitar.

Y así hace Dios que se le tema.

¹⁵ Lo que es, ya antes fue;
 lo que será, ya es.

Y Dios restaura lo pasado.

¹⁶ Más cosas todavía he visto bajo el sol:
 en la sede del derecho, la iniquidad;
 y en el sitio del justo, el impío.

¹⁷ Y dije para mí: Dios juzgará al justo y al impío, pues hay un tiempo para cada cosa y para cada acción aquí.

¹⁸ Sobre la conducta de los humanos reflexioné así: Dios los prueba y les demuestra que son como bestias. ¹⁹ Porque el hombre y la bestia tienen la misma suerte: muere el uno como la otra; y ambos tienen el mismo aliento de vida. En nada aventaja el hombre a la bestia, pues todo es vanidad.

²⁰ Todos caminan hacia una misma meta;
 todos han salido del polvo
 y todos vuelven al polvo.

²¹ ¿Quién sabe si el aliento de vida de los humanos asciende hacia arriba y si el aliento de vida de la bestia desciende hacia abajo, a la tierra?

²² Veo que no hay nada mejor para el hombre que gozar de sus obras, pues ésa es su paga. Pero ¿quién le guiará a contemplar lo que ha de suceder después de él?

ECLESIASTÉS

La vida social.

4 ¹ Me puse a considerar todas las violencias perpetradas bajo el sol:

vi llorar a los oprimidos, sin nadie que los consolase;

la violencia de sus verdugos, sin nadie que los vengase.

² Felicité a los muertos que ya perecieron, más que a los vivos que aún viven.

³ Y más feliz que ambos el que aún no ha existido, pues no ha visto las barbaridades que se cometen bajo el sol.

⁴ He visto que todo afán y todo éxito en una obra excita la envidia de unos hacia otros. También esto es vanidad y atrapar vientos.

⁵ El necio se cruza de brazos,

y se consume a sí mismo.

⁶ Pero más vale un puñado con reposo

que dos puñados con fatiga

en atrapar vientos.

⁷ Observé otra vanidad bajo el sol: ⁸ hay quien vive solo, sin sucesor, sin hijos ni hermano; su fatiga no tiene límites, y sus ojos no se hartan de riquezas: «¿Para quién me fatigo entonces y me privo de felicidad?»

También esto es vanidad y mal negocio.

⁹ Más valen dos que uno solo, pues obtienen mayor ganancia de su esfuerzo. ¹⁰ Si uno cae, lo levantará su compañero; pero ¡ay del solo que cae!, que no tiene quien lo levante. ¹¹ Si dos se acuestan, se calientan entre sí; pero el que está solo, ¿cómo se calentará?

¹² Si atacan a uno, los dos harán frente. La cuerda de tres hilos no es fácil de romper.

¹³ Más vale mozo pobre y sabio

que rey viejo y necio,

que ya no sabe aconsejarse.

¹⁴ Aunque haya salido de prisión para reinar,

aunque pobre naciera en el reino,

¹⁵ veo a todos los vivientes que caminan bajo el sol ponerse junto al mozo, el sucesor, el que ocupará su puesto; ¹⁶ e iba a la cabeza de una multitud innumerable. Pero su posteridad no estará contenta con él. También esto es vanidad y atrapar vientos.

¹⁷ Guarda tus pasos cuando vas a la Casa de Dios. Acercarse obediente vale más que el sacrificio de los necios, porque ellos no saben que hacen el mal.

5 ¹ Que no se precipiten tus labios ni se apresure tu corazón al pronunciar una palabra ante Dios. Dios está en el cielo, pero tú en la tierra: sean por tanto pocas tus palabras.

² Las muchas preocupaciones

afloran en los sueños,

y en las muchas palabras

la voz del necio.

³ Si haces un voto a Dios, no tardes en cumplirlo, pues no le agradan los necios. El voto que has hecho, cúmplelo. ⁴ Es mejor no hacer votos que hacerlos y no cumplirlos. ⁵ No permitas que tu boca haga de ti un pecador, y luego digas ante el Mensajero que fue inadvertencia. ¿Por qué dar a Dios la ocasión de irritarse contra ti y de arruinar lo que haces?

⁶ Cuantos más sueños, más vanidades y palabrería.

Pero tú teme a Dios.

⁷ Si en la región ves al pobre oprimido y violados el derecho y la justicia, no te asombres por eso. Se te dirá que una dignidad vigila sobre otra dignidad, y otras más dignas sobre ambas. ⁸ Se invocará el interés común y el servicio del rey.

El dinero.

⁹ Quien ama el dinero, no se harta de él; para quien ama la abundancia, no bastan ganancias. También esto es vanidad.

¹⁰ A muchos bienes,

muchos que los devoren;

¿de qué otra cosa sirven a su dueño

más que de espectáculo para sus ojos?

¹¹ Dulce es el sueño del obrero, coma poco o coma mucho; pero al rico la hartura no le deja dormir.

¹² Hay un grave mal que yo he visto bajo el sol: riqueza guardada para su dueño, que sólo sirve para su mal. ¹³ Pierde las riquezas en un mal negocio, y el hijo que engendra se queda con las manos vacías. ¹⁴ Como salió del vientre de su madre, desnudo volverá, como ha venido; y nada podrá sacar de las fatigas de sus manos. ¹⁵

También esto es grave mal: que tal como vino, se vaya; y ¿de qué le vale fatigarse para el viento? ¹⁶

Todos los días pasa en oscuridad, pena, fastidio, enfermedad y rabia.

¹⁷ Esto he experimentado: lo mejor para el hombre es comer, beber y disfrutar en medio de sus fatigas y afanes bajo el sol, en los contados días de la vida que Dios le concede; porque ésta es su paga.

¹⁸ Además, cuando Dios concede a un hombre riquezas y tesoros, le deja disfrutar de ellos, tomar su porción y holgarse en medio de sus fatigas, esto sí que es don de Dios. ¹⁹ No recordará mucho los días de su vida, mientras Dios le llena de alegría el corazón.

6 ¹ Hay otro mal que observo bajo el sol, y que pesa sobre el hombre: ² supongamos que Dios concede a un hombre riquezas, tesoros y honores; nada le falta de lo que desea, pero Dios no le deja disfrutar de ello, porque un extraño lo

disfruta. Esto es vanidad y gran desgracia.³
Supongamos que alguien tiene cien hijos y vive muchos años, y aunque sus años son numerosos, no puede saciarse de felicidad y ni siquiera halla sepultura; entonces yo digo: Más feliz es un aborto,

⁴ pues entre vanidades vino y en la oscuridad se va; mientras su nombre queda oculto en las tinieblas.

⁵ No ha visto el sol, no lo ha conocido, y descansa mejor que el otro.⁶ Y aunque hubiera vivido por dos veces mil años, pero sin saborear la felicidad, ¿no caminan acaso todos al mismo lugar?

⁷ Todo el mundo se fatiga para comer, y a pesar de todo su apetito no se sacia.

⁸ ¿En qué supera el sabio al necio? ¿En qué, al pobre que sabe vivir su vida?

⁹ Mejor es lo que los ojos ven que lo que el alma desea.

También esto es vanidad y atrapar vientos.

¹⁰ De lo que existe, ya se anunció su nombre, y se sabe lo que es un hombre: no puede pleitear con quien es más fuerte que él.

¹¹ A más palabras, más vanidad.

¿Qué provecho saca el hombre?

¹² Porque, ¿quién sabe lo que conviene al hombre en su vida, durante los días contados de su vano vivir, que él los vive como una sombra? Pues ¿quién dirá al hombre lo que sucederá después de él bajo el sol?

Segunda parte

Prólogo

¹ Más vale buena fama que suaves perfumes; y el día de la muerte más que el día del nacimiento.

² Más vale ir a la casa en duelo que a la casa en fiesta, pues ése es el fin de todo hombre; y así el que vive pensará en ello.

³ Más vale llorar que reír, pues una cara triste puede ocultar un corazón feliz.

⁴ El sabio piensa en la casa en duelo, pero el necio piensa en la casa en fiesta.

⁵ Más vale oír reproche de sabio que oír alabanza de necios.

⁶ Porque como crepitar de zarzas bajo la olla, así es el reír del necio; y también esto es vanidad.

⁷ El halago atonta al sabio, y el soborno pervierte su corazón.

La sanción.

⁸ Más vale el final de una cosa que su comienzo,

y más vale paciente que arrogante.

⁹ No te dejes llevar del enojo, pues el enojo anida en el pecho de los necios.

¹⁰ No digas: ¿Cómo es posible que el pasado sea mejor que el presente? Pues no es de sabios preguntar sobre ello.

¹¹ Buena es la sabiduría con hacienda, y aprovecha a los que ven el sol.

¹² Al amparo de la sabiduría como al amparo del dinero, pero el saber le aventaja porque da vida a su dueño.

¹³ Mira la obra de Dios:

¿quién podrá enderezar lo que él torció?

¹⁴ Alégrate en el día feliz

y, en el día desgraciado, considera que Dios ha hecho muy bien a uno y otro, para que el hombre no descubra su porvenir.

¹⁵ En mi vano vivir, de todo he visto:

honrados perecer en su honradez, y malvados envejecer en su maldad.

¹⁶ No quieras ser honrado en demasía, ni te vuelvas demasiado sabio.

¿A qué destruirte?

¹⁷ No quieras ser malvado en demasía, ni te hagas el insensato.

¿A qué morir antes de tiempo?

¹⁸ Bueno es agarrar esto sin dejar aquello de la mano, porque el temeroso de Dios de todo sale bien parado.

¹⁹ La sabiduría hace más fuerte al sabio que diez poderosos que haya en la ciudad.

²⁰ No hay nadie tan honrado en la tierra que haga el bien sin nunca pecar.

²¹ Tampoco hagas caso de todo lo que se dice, para que no oigas que tu siervo te maldice,

²² pues sabes muy bien cuántas veces tú también has maldecido a otros.

²³ Todo esto lo intenté recurriendo a la sabiduría. Me dije: Seré sabio. ¡Pero qué lejos estaba de mi alcance!

²⁴ Lo que existe está lejos y es muy profundo: ¿quién dará con ello?

²⁵ Me he dedicado a explorar y a buscar sabiduría y buen tino, y a reconocer que la maldad es necedad, y la necedad locura.

²⁶ Y he descubierto que la mujer es más amarga que la muerte, porque es como una red, su corazón como un lazo, sus brazos como cadenas:

El que agrada a Dios se libra de ella, pero el pecador cae en su trampa.

²⁷ Mira, esto he descubierto —dice Cohélet— tratando de razonar caso por caso: ²⁸ aunque he seguido buscando, nada he encontrado.

Un hombre encontré entre mil, pero entre todas ellas no encontré una mujer.

ECLESIASTÉS

²⁹ Mira, sólo esto descubrí: Dios hizo sencillo al hombre, pero él se complicó con tantos razonamientos.

8 ¹ ¿Quién como el sabio? ¿Quién otro sabe explicar una cosa?

La sabiduría ilumina el rostro del hombre y transfigura sus facciones severas.

² Atente al dictamen del rey, a causa del juramento divino;

³ no tengas prisa en evitar su presencia; no te mezcles en conspiraciones, pues puede hacer cuanto le place.

⁴ Pues la palabra regia es soberana, y ¿quién va a decirle: Qué haces?

⁵ Quien se atiene a lo mandado, nada sabe de conspiraciones.

Y la mente del sabio sabe el cuándo y el cómo,

⁶ pues todo asunto tiene su cuándo y su cómo.

Grande es el peligro que acecha al hombre,

⁷ pues ignora lo que está por venir

y nadie le anuncia lo que está por llegar.

⁸ No es el hombre señor del viento, capaz de dominarlo;

ni es dueño del día de la muerte,

ni puede escapar a la guerra;

ni la maldad libra a sus autores.

⁹ Todo esto he descubierto aplicando mi reflexión a cuanto pasa bajo el sol, cuando un hombre domina a otro hombre para hacerle daño.

¹⁰ Por ejemplo, he visto a malvados conducidos a la tumba; vuelve la gente del Lugar Sagrado, y se olvidan en la ciudad del modo en que obraron. ¡Otro absurdo! ¹¹ que no se ejecute en seguida la sentencia de la conducta del malvado, con lo que el corazón de los humanos se llena de ganas de hacer el mal; ¹² que el pecador haga el mal cientos de veces, y se le den largas. Pues yo tenía entendido que les va bien a los temerosos de Dios, porque le temen, ¹³ y que no le va bien al malvado, ni alargará sus días como sombra el que no teme a Dios.

¹⁴ Pues bien, un absurdo se da en la tierra:

Hay honrados tratados según la conducta de los malvados,

y malvados tratados según la conducta de los honrados.

Digo que éste es otro absurdo.

¹⁵ Por eso alabaré la alegría, pues no hay otra cosa buena para el hombre bajo el sol sino comer, beber y divertirse; eso le acompañará en sus fatigas los días de vida que Dios le conceda bajo el sol.

¹⁶ Cuanto más apliqué mi corazón a estudiar la sabiduría y a contemplar el ajetreo que se da sobre la tierra —pues ni de día ni de noche concilian los ojos el sueño—, ¹⁷ fui viendo que el

ser humano no puede descubrir todas las obras de Dios, las obras que se realizan bajo el sol. Por más que se afane el hombre en buscar, nada descubrirá, y el mismo sabio, aunque diga saberlo, no es capaz de descubrirlo.

La muerte.

9 ¹ Pues bien, a todo esto me he aplicado con interés y todo lo he explorado, y he visto que los justos y los sabios, así como sus obras, están en manos de Dios.

Y nada saben los hombres de amor ni de odio: todo les resulta ² absurdo.

Como el que haya un destino común para todos, para el justo y para el malvado, el puro y el manchado,

el que hace sacrificios

y el que no los hace,

lo mismo el bueno que el pecador,

el que jura como el que tiene reparo en jurar.

³ Eso es lo peor de todo cuanto pasa bajo el sol: que haya un destino común para todos. Y así el corazón de los humanos está lleno de maldad y hay locura en sus corazones mientras viven, y su final ¡con los muertos!

⁴ Mientras uno sigue unido a todos los vivientes hay algo seguro,

pues vale más perro vivo que león muerto.

⁵ Los vivos saben que han de morir, pero los muertos no saben nada, y no hay ya paga para ellos, pues se perdió su memoria. ⁶ Se acabaron hace tiempo su amor, su odio y sus celos, y no tomarán parte nunca jamás en todo lo que pasa bajo el sol.

⁷ Anda, come con alegría tu pan

y bebe de buen grado tu vino,

que Dios está ya contento con tus obras.

⁸ Viste ropas blancas en toda sazón,

y no falte perfume en tu cabeza.

⁹ Vive la vida con la mujer que amas,

todo el tiempo de tu vana existencia que se te ha dado bajo el sol,

ya que tal es tu parte en la vida

y en las fatigas con que te afanas bajo el sol.

¹⁰ Cualquier cosa que esté a tu alcance,

hazla según tus fuerzas,

pues no hay actividad ni planes,

ni ciencia ni sabiduría,

en el Seol adonde te encaminas.

¹¹ He visto además bajo el sol

que no siempre corren más los ligeros

ni ganan la pelea los esforzados;

que también hay sabios sin pan,

discretos sin hacienda

y doctos que no gustan,

pues a todos les llega algún mal momento.

¹² Porque, además, el hombre ignora su momento:

como peces apresados en la red,
 como pájaros caídos en la trampa,
 así son tratados los humanos por el infortunio
 cuando les cae encima de improviso.

Sabiduría y necesidad.

¹³ También he visto otro acierto bajo el sol, y grande a juicio mío: ¹⁴ Una ciudad chiquita, con pocos habitantes. Llega un gran rey y le pone cerco, levantando frente a ella potentes empalizadas. ¹⁵ Se encontraba en ella un hombre pobre y sabio, que pudo haber salvado a la ciudad gracias a su sabiduría, ¡pero nadie paró mientes en aquel pobre! ¹⁶ Y yo me digo:

Más vale sabiduría que fuerza;
 pero la sabiduría del pobre se desprecia y sus palabras no se escuchan.

¹⁷ Mejor se oyen las palabras sosegadas de los sabios que los gritos del soberano de los necios.

¹⁸ Más vale sabiduría que armas de combate, pero un solo yerro echa a perder mucho bueno.

¹⁰ ¹ Una mosca muerta pudre una copa de ungüento de perfumista;
 cuenta más un poco de necesidad que sabiduría y honor.

² El sabio tiene el corazón a la derecha, el necio tiene el corazón a la izquierda.

³ Además, en cualquier camino que tome el necio, su entendimiento no le da de sí y dice de todo el mundo: «Ése es un necio.»

⁴ Si el enojo del que manda se abate sobre ti, no abandones tu puesto, que la flema libra de graves yerros.

⁵ Otra calamidad he visto bajo el sol, un error que emana de la autoridad: ⁶ La necedad ocupando altas dignidades, mientras los ricos se sentaban abajo. ⁷ He visto siervos a caballo y príncipes que iban a pie, como los siervos.

⁸ El que cava una fosa cae en ella, y al que rompe el muro le muerde la culebra.

⁹ El que saca piedras se lastima con ellas, el que raja maderos puede hacerse daño.

¹⁰ Si se embota el hacha y no se afilan sus caras, hay que aumentar el esfuerzo: también supone ventaja hacer uso de la maña. ¹¹ Si pica la culebra por falta de encantamiento, nada gana el encantador.

¹² Las palabras del sabio agradan, los labios del necio lo arruinan.

¹³ Empieza diciendo necedades, para acabar en funesta locura. ¹⁴ El necio habla y habla sin control, pero el hombre no sabe lo que va venir, y el remate de todo, ¿quién puede pronosticárselo?

¹⁵ La fatiga acaba con el necio, pues ni siquiera sabe ir a la ciudad.

¹⁶ ¡Ay del país donde reina un chiquillo, cuyos príncipes madrugan para sus banquetes! ¹⁷ ¡Dichoso el país donde reina un hidalgo, cuyos príncipes comen a su hora, por recobrar el vigor y no por banquetear!

¹⁸ Por estar mano sobre mano se desploma el techo,
 y por brazos caídos la casa se viene abajo.

¹⁹ Para holgar preparan su banquete, y el vino alegra la vida, y el dinero todo lo allana.

²⁰ Ni aun en tu interior faltes al rey,
 ni en tu propia alcoba faltes al rico,
 que un pajarito corre la voz,
 y un ser alado cuenta la cosa.

11 ¹ Manda tu grano por el mar, que al cabo de mucho tiempo lo encontrarás.

² Divídelo en siete partes, o incluso en ocho, que no sabes qué mal puede venir sobre la tierra.

³ Si las nubes van llenas,
 vierten lluvia sobre la tierra,
 y caiga el árbol al sur o al norte,
 donde cae el árbol allí se queda.

⁴ El que vigila el viento no siembra,
 el que mira a las nubes no siega.

⁵ Si no sabes cómo entra el espíritu en los miembros, en el vientre de la mujer encinta,
 tampoco sabrás la obra de Dios que todo lo hace.

⁶ Siembra tu semilla de madrugada y a la tarde no des descanso a tus manos,
 pues no sabes si es mejor esto o lo otro,
 o si ambas cosas son igual de buenas.

La edad.

⁷ Dulce es la luz
 y bueno para los ojos ver el sol.

⁸ Si uno vive muchos años,
 que sepa disfrutarlos todos,
 y tenga en cuenta que abundarán
 los días de oscuridad,
 que es vanidad todo el porvenir.

⁹ Disfruta, muchacho, en tu juventud,
 pásalo bien en tu mocedad.

Vete por donde te lleve el corazón
 y a gusto de tus ojos;
 pero a sabiendas de que por todo ello te juzgará Dios.

¹⁰ Aparta el mal humor de tu pecho
 y aleja el sufrimiento de tu cuerpo,
 que juventud y mocedad son efímeras.

12 ¹ Acuérdate de tu Creador en tus días mozos,
 antes de que lleguen los días malos
 y se echen encima años en que dirás: «No me agradan»;

² antes de que se nublen el sol y la luz,
 la luna y las estrellas,
 y retornen las nubes tras la lluvia.

ECLESIASTÉS

³ Cuando tiembren los guardianes de la casa y se encorven los robustos,
se paren las que muelen, por ser ya pocas,
se queden a oscuras las que miran por las ventanas,

⁴ se cierren las puertas de la calle,
y se ahogue el son acompasado del molino;
cuando se debilite el canto del pájaro
y enmudezcan todas las canciones;

⁵ dará recelo la altura,
y habrá sustos en el camino.

Cuando florezca el almendro,
camine pesada la langosta,
y pierda su sabor la alcaparra;
y es que el hombre va a su eterna morada,
y ya circulan por la calle los del duelo.

⁶ Antes de que se rompa la hebra de plata,
y se quiebre la copa de oro,
y se haga añicos el cántaro en la fuente,
y se deslice la polea en el pozo,

⁷ y vuelva el polvo a la tierra, a lo que fue,
y el espíritu vuelva a Dios, que lo dio.

⁸ ¡Vanidad de vanidades! —dice Cohélet—: ¡todo vanidad!

Epílogo.

⁹ Cohélet, a más de ser un sabio, enseñó doctrina al pueblo. Ponderó e investigó, compuso muchos proverbios. ¹⁰ Cohélet trabajó sin descanso inventando frases felices y escribiendo con acierto sentencias verídicas.

¹¹ Las palabras de los sabios son como agujadas, o como estacas hincadas, puestas por un pastor para controlar el rebaño.

¹² Para acabar, hijo mío, ten cuidado: escribir muchos libros es cosa de nunca acabar, y estudiar demasiado daña la salud.

¹³ Basta de palabras. Todo está dicho. Teme a Dios y guarda sus mandamientos, que eso es ser hombre cabal. ¹⁴ Porque toda obra será juzgada por Dios, incluso todo lo oculto, a ver si es bueno o malo.